

Como la encina

A la memoria de Covarsí, porque conquistó nuevas glorias para Extremadura.

Bien honda la raiz, caló la entraña
de la tierra extremeña que le acuna
y le manó sus jugos de secano
más ricos de sabor que vino añejo.

Por eso fué el pintor como la encina:
austero, soñador y siempre el mismo,
sólo para horizontes dilatados
y perenne en su amor a Extremadura.

Y así le floreció nuestro paisaje
—hombres, tierras y cielo y colorido—
iguales en el ser y la manera.

Y por eso, seguros, sus pinceles
templados en la paz de nuestras auras
fueron ahora también, conquistadores.

José CANAL

¡Fué un crepúsculo más...!

ME abordó en plena calle, esquina de Felipe Checa, junto a la antigua librería de Antonio Arqueros, generoso e inolvidable amigo de todos; a la hora burguesa del mediodía, la menos propicia a preocupaciones estéticas...

Solicítaba mi modesto concurso en una velada radiofónica que se proyectaba dedicar a Adelardo Covarsí, el insigne artista desaparecido.

Como es grande amigo y gran poeta en la ciudad, yo no pude negarme:

—Bueno—contesté, ese «bueno» escueto, lánguido y opaco, con que los extremeños garantizamos el cumplimiento de una promesa, sin más «florituras» de exclamaciones ni sonrisas ambiguas... En seguida el «adiós», seco, inarmónico, también extremeño.

Y fué tan breve el encuentro y tan concisa la plática que, a los pocos minutos, estuve a punto de arrepentirme de mi promesa... Porque, si la proyectada emisión radiofónica iba a ser un homenaje solemne y entonado al pintor egregio—con todo aparato de tecnicismos y elucubraciones críticas, donde campease la inteligencia erudita—, mi pobre voz de aprendiz de poeta tendría que sonar a graznido vacuo y pretencioso... Pero en seguida imaginé que lo que estaría «en el aire» a la hora simpática de esa emisión sería, sin duda, una sencilla evocación, íntima y sentimental, del hombre y del amigo cuya vida entera fué un ensueño incoercible de belleza eterna, incontaminada de afeites deleznable de última hora, que acertó a realizar,—con amplia proyección transcendente y humana—, en el tibio recinto de su hogar amantísimo, dentro del contorno de su región, bajo la luz y el cielo de Extremadura...

Y me decidí con toda el alma a complacer a mi amigo el poeta.

Mesándome los cabellos y mordiéndome las uñas, a los pocos días, hilvanaba sobre las cuartillas unos renglones cortos, más o menos simétricos—de estos que llaman versos—; ... y quedé desolado... Porque, al releerlos, se me antojaron una cosa lúgubre, atrabiliaria, estúpida... ¡No es esto! ¡No es esto!—grité furioso, rasgando las cuartillas... ¡Adelardo no ha muerto! ¡No ha muerto!; ha partido, nada más, a otro mundo remoto y enigmático; tal vez al mundo encantado de sus sueños... Estará su cuerpo quieto, silente en la oquedad de una tumba; pero los destellos, la vibración creadora de su alma de artista sigue latiendo imperecedera, triunfando, viviendo en su obra y en el corazón de los que le amaron... El artista no muere como mueren los otros; se aleja, solamente; se oculta tras la plateada nebulosa que marca el misterio del más allá, donde la Hermana Muerte, la novia fidelísima, lo espera y lo retiene entre sus